

Editorial

La reunión del G20 y su contexto

La irrupción del G20 como espacio gravitante en la política internacional se relaciona con la crisis del 2008 iniciada con la caída de Lehman Brothers y las hipotecas *subprime*, lo que generó una crisis global en lo financiero que luego se trasladó a la economía real con gran pérdida de empleo y activos para la mayoría de los países. Una caída con estancamiento y descenso del Producto Interno Bruto (PIB) de los países afectados como consecuencia de la disminución de la actividad económica, desplomes de las cotizaciones bursátiles, pérdida de millones de empleos, entre otras, lo que ilustró los desmanes surgidos por la falta de regulaciones a los grandes bancos de inversión. Ahora bien, ¿quién o qué institución podía evitar que se profundizara y se reprodujera una crisis similar a la de 1930? Sin dudas, ya no podía ser el G7 que había comenzado a perder su gravitación política y económica por el desplazamiento del poder mundial hacia el sudeste asiático. El avance internacional de China, de las BRICS y de los emergentes empezaban a ser signo de un cambio del poder mundial, del fin de la hegemonía unipolar de los Estados Unidos y el comienzo de la multipolaridad. De esta manera, se abría también una gran esperanza en el cambio de las relaciones asimétricas entre el mundo desarrollado y en desarrollo. Así, el G20 fue inicialmente asumido como una nueva institución de gobernanza global, que mostraría las principales políticas públicas que los distintos Estados

deberían acordar para mejorar la economía, la sociedad y el ambiente internacional. Tenía además un programa ambicioso, que no solo apuntaba a superar la crisis financiera, sino a llevar a cabo reformas profundas de la arquitectura financiera internacional, en particular, de las sociedades *offshore*, de los órganos de decisión de la ONU y una democratización en la composición de los organismos de crédito internacional provenientes de Bretton Woods, particularmente del Fondo Monetario Internacional (FMI), del Banco Mundial (BM), entre otros.

Pero no fue así. La esperanza se desvaneció luego del rescate de los bancos mediante una inyección de fondos públicos a poco de superar el peor momento de la crisis. Estados Unidos se desmarcó de las decisiones compartidas y llevó a cabo una política monetaria súper expansiva, el *easy quantity* (EQ), que significó una ingente transferencia de inflación al resto del mundo y rentas del trabajo a las rentas del capital. La operación se saldaría con la privatización de las ganancias y socialización de las pérdidas, promocionando políticas de austeridad para el resto del mundo, particularmente para la Unión Europea y Japón. Comenzaba un período de “estancamiento programada” – como lo señalara Larry Summers– con caída en los precios de los *commodities*, políticas de reducción fiscal y generadoras de desempleo y flexibilización, que se extendieron hasta hace poco. Surgieron problemas para los trabajado-

res en la Unión Europea y en los gobiernos de América Latina a raíz de la caída de los *commodities* y la pérdida de la demanda externa de Brasil. De allí en más, el G20 entró en una suerte de invernadero reverenciado, donde todos hablaban de las importantes reuniones anuales que se tenían, pero en las cuales no se decidía nada de significación.

1. La crisis del Multilateralismo

La próxima reunión del G20 será en noviembre de este año en Buenos Aires. Se produce por primera vez en el Sur, y en el marco de un cambio del contexto mundial, de una fuerte disputa comercial y geopolítica entre los Estados Unidos, China y la Unión Europea. Este cambio de la preferencia de los Estados Unidos por el bilateralismo se manifiesta además en la suba de aranceles, sanciones crediticias y amenazas diversas a los que no acuerden. De allí que durante el último bienio, el grupo decidió conformarse con muy poco, donde en los dos últimos mandatos (el anterior de Alemania encabezado por Angela Merkel y el que ahora le toca presidir a Mauricio Macri, la membresía bajó el perfil con el obvio propósito de evitar debates ásperos o conflictos del tipo que circundan a la guerra comercial que hasta ahora involucra a, por lo menos, los Estados Unidos, Canadá, México, China, la Unión Europea, Corea del Sur, India, Turquía, Rusia y otros influyentes actores globales, con posibles incidencias en la baja de la economía mundial para el 2019-2020. De acuerdo a Nouriel Roubini, esta crisis comercial llevará a una nueva crisis recesiva e inflacionaria hacia el 2020, pero ahora sin actores que puedan resolverla. Por otro lado, geopolíticamente, se observa la conformación de un eje de desarrollo económico-político euroasiático que asocia a China con Rusia y en cierta forma a la Unión Europea a través del Camino de la seda, lo que supone, además, un cierto enfriamiento del Atlantismo ante la falta de acuerdos en el G7 y que sería favorable a la conformación

de multilateralismo fragmentario. Estamos entonces en un marco de una crisis de las instituciones del multilateralismo dominante previo en crisis del 2008 (G20, TPP, OMC, OIT, salida de las acuerdo de París sobre medio ambiente, tratado nuclear con Irán) y que provenían de Bretton Woods, a la apuesta al bilateralismo de los Estados Unidos y constitución de un multilateralismo fragmentado de hecho: de regiones continentales con ventajas entre sí y negociaciones con otras en la medida de conveniencias, que se relacionan entre sí, que tienen moneda propia e intentan defenderse y expandirse de acuerdo a paradigmas económicos políticos y culturales distintos. En el caso de China, además del Camino de la seda, tiene un programa de fusión civil-militar lanzado como estrategia nacional por el gobierno chino también en 2015, y que consiste en un decidido esfuerzo para cooptar a empresas de tecnología del sector privado para ayudar en la modernización militar del país. Esto requiere la apertura de instalaciones de investigación militar para uso civil, así como flujos bidireccionales de talento, conocimiento y capital. Nuevamente, una de las principales prioridades del programa es el área de inteligencia artificial, que potencialmente tiene múltiples aplicaciones militares. Institutos de investigación con afiliaciones militares están desarrollando algoritmos para drones y aviones no tripulados, reconocimiento facial y sistemas autónomos.

Esta situación novedosa del poder mundial también influye en América Latina, una región que venía de la búsqueda de una construcción de un bloque más autónomo, con la tríada MERCOSUR-UNASUR-ALCA y que cambia bruscamente por la búsqueda de los Estados Unidos de obtener un control más férreo de lo que considera parte de su región o su “patrio trasero”. Se trata claramente de una lucha que los Estados Unidos tiene particularmente con China intentando homogenizar en estos países sus agendas en dirección a la

financiarización, el libre comercio, la captura de activos, de empresas locales y lucha contra la corrupción y el narcotráfico. Además, con explícitas intervenciones de su poder “blando” que busca impedir el surgimiento de gobiernos ‘populistas’ en la región. Así, con el gobierno de *Cambiamos*, su inclusión en el mundo y su búsqueda de la elite de entrar en el siglo XXI, se transforma en “el mejor alumno” de esta agenda y nueva inserción internacional de la Argentina, que abandona la idea de conformar un bloque sudamericano con autonomía y desde allí negociar con todos, para volver –como indica Morgenfeld en su artículo de investigación que se incluye en este *dossier*– “a ser un país ‘normal’ y ‘serio’” que implica ni más ni menos que “asumir nuestra condición periférica y evitar cuestionar el rol de *gendarme global* que hace décadas ejercen los Estados Unidos”.

2. La nueva agenda del G20

La reunión del G20 a fines de noviembre en Buenos Aires encuentra a la Argentina ejerciendo la presidencia *pro tempore*. Esta es una ocasión especial para que nuestro país pueda incidir en la agenda proponiendo sus temas y representado a una región con problemas comunes, junto a otros dos países miembros del G20: México y Brasil. Pero en principio, ha manifestado ser un mediador entre posiciones encontradas y, por lo tanto, no incluir en la agenda el tema del comercio internacional. De este modo, la cumbre conjunciona dos crisis: la del Multilateralismo y la del G20, divididos entre proteccionistas y aperturistas; y la crisis del país anfitrión que impacta en los mismos temas propuestos de su agenda, los que abarcan sintéticamente los siguientes puntos:

- *Infraestructura para el desarrollo*. Bajo el lema “Movilizar recursos para reducir el déficit en infraestructura”, la agenda del G20 señala que la infraestructura –caminos, puentes, ferrocarriles, transporte público, obras sani-

tarias, conectividad digital– es crucial para el desarrollo en tanto impulsa el crecimiento y la productividad. Según algunas estimaciones, la brecha global de infraestructura proyectada desde ahora hasta el año 2035, asciende a U\$S 5,5 billones. Para ello, la Agenda del G20 propone lograr una mayor participación del sector privado para potenciar la inversión en infraestructura y canalizar los ahorros del sistema internacional hacia esta. En la Argentina, podemos vincular este eje con el programa de Participación Pública Privada (PPP) que lleva adelante el actual gobierno. Por el otro lado, el PPP otorga una serie de ventajas excesivamente beneficiosas para el sector privado, introduciendo el arbitraje externo del Banco Mundial y ha tenido resultados negativos en países donde se lo aplicó con anterioridad, como en Gran Bretaña y en España.

- *Un futuro alimentario sostenible*. Con el eje “mejorar la productividad de los suelos de forma sostenible”, la agenda del G20 señala que la seguridad alimentaria y el desarrollo están evidentemente interconectados. Los países del G20 representan el 60% de las tierras agrícolas totales y son responsables de casi el 80% del comercio mundial de alimentos y productos agrícolas. Para ello, la Agenda del G20 buscará explorar cómo los países miembros pueden proporcionar la coordinación internacional para fomentar la colaboración público-privada entre industrias, gobiernos, agencias internacionales, asociaciones de productores agropecuarios y la sociedad civil; generar un sistema de provisión de alimentos más inclusivo y eficiente e incrementar la productividad de los suelos sin impactar negativamente en el medio ambiente. En este sentido, desde la perspectiva de la Argentina cabría preguntarse: ¿se sigue observando un desmonte de las áreas y de los programas del Estado nacional destinados a garantizar la soberanía alimentaria y proteger

a los pequeños productores frente al avance concentrador de los grandes productores sobre la tierra, la biodiversidad y el ambiente (prácticamente eliminación de la Secretaría de Agricultura Familiar, desfinanciamiento del INTA, afectación de programas de la Secretaría de Ambiente –anterior Ministerio–, entre otros)? Por otro lado, ¿cómo se explica que un país con capacidad para proporcionar alimentos para 400 millones de habitantes muestra un incremento de un sector creciente de su población que padece hambre, malnutrición y retrocesos en las condiciones básicas de bienes públicos?

- *Perspectiva de género.* Bajo el lema “Empoderar a las mujeres”, la Agenda del G20 señala que una estrategia de desarrollo debe garantizar la eliminación de las disparidades por género y la inclusión laboral, digital y financiera de todas las mujeres. Para ello, la agenda del G20 buscará desarrollar una estrategia de transversalización de la perspectiva de género e impulsar iniciativas que permitan el empoderamiento de las mujeres, la eliminación de disparidades de género en el empleo, la ciencia, la tecnología y la educación y la protección contra todas las formas de violencia basadas en el género. Tampoco en este tema el gobierno de *Cambiamos* puede ostentar demasiado crédito, en un contexto que se caracteriza por un movimiento de mujeres activo y en conflicto con las políticas de ajuste y tratamiento de las situaciones de violencia de género y de falta de políticas públicas relativas a este eje, ya que los programas existentes se han visto reducidos o vaciados de contenido y de presupuesto.
- *El trabajo del futuro.* Tal vez este sea uno de los ejes que más ha trabajado en su preparación la Argentina, para lo cual, se plantean cuáles serán los desafíos que las nuevas tecnologías tendrán sobre el mercado de trabajo. Se presupone que estamos en una cuarta

revolución industrial con un conjunto de tecnologías de ruptura que pueden modificar profundamente los mercados de trabajo y las exigencias de estos para contratar mano de obra, una suerte de neo-taylorización relacionados con procesos innovativos. El mayor énfasis está puesto en la capacitación, la adaptación y la articulación con la educación, es decir, empezar a capacitar desde las escuelas para que esa formación incluya ya los instrumentos, habilidades y capacidades necesarios para manejar las nuevas tecnologías. Para ello, se propone una articulación entre los Ministerios de Trabajo (ahora Secretaría, dependiente del Ministerio de Producción) y el de Educación que permita analizar las acciones conjuntas que se pueden realizar respecto de esta problemática. También trabajar sobre cuestiones migratorias, trabajo infantil, erradicación del trabajo esclavo, entre otros temas clave, con el objetivo de generar condiciones para el acceso a mejores condiciones de trabajo en un mundo con menos desigualdad. En este tema también hay una fuerte contradicción entre la agenda propuesta y la realidad de un gobierno con políticas de destrucción del trabajo, tanto público como privado, desmonte de tecnologías de ruptura propias que habían sido desarrollados en la gestión anterior y a ello se suma la pérdida de trabajos de calidad y desindustrialización que no son por falta de capacidades o adecuación a las nuevas tecnologías de los recursos humanos, sino por el aumento de las tasas de desempleo propiciados por las políticas de ajuste y la búsqueda del “déficit cero” preconizada por el FMI para bajar el costo argentino. Perder puestos de trabajo, sobre todo industriales, es precarizar el sistema laboral, no solo se pierden puestos de trabajo, se pierden los salarios que son superiores al promedio global y que no son consecuencias globales o del pasado –tal como el gobierno trata de instalarlo–, sino que fueron producto de las apuestas del sistema financiero. La alianza gobernante propone bajar el nivel de vida de la

mayoría de los argentinos (no de todos), para lo cual, nos impone un plan de ajuste brutal. Solo un ejemplo lo clarifica: las paritarias promedio para este año en la Argentina quizás se acerquen al 30%; la inflación será 45% o más; la tasa de interés está fijada en 60% hasta fin de año y la ganancia de los bancos creció 93% en uno año. Muchos pierden, pocos ganan. Los que más ganan no generan puestos de trabajo suficientes para la población que quiere ser parte del sistema laboral. La flexibilización laboral llegó sin necesidad de ley. El deterioro presupuestario y salarial está afectando, asimismo, la educación pública en sus tres niveles y desjerarquizando los Ministerios que deberían ser la base de la colaboración para el propósito de contribuir para el trabajo del futuro –como es el caso ahora de las Secretarías de Educación y de Ministerio Salud desjerarquizados–. Asistimos a la disociación de propuestas de debate sobre el impacto de nuevas tecnologías en una sociedad que tiende a ser excluyente, rentista, extractivista y de servicios, que promueve la destrucción de la educación pública de las leyes de trabajo y que hace lo propio con las agencias de tecnologías con cierta capacidad de generar cadenas de valor con más trabajo y valor agregado. A un Estado con disminución de capacidades y en función de los negocios de las elites, lo cual genera un gran desmanejo administrativo. Al mismo tiempo, la degradación reciente de los ministerios de Salud, Trabajo y Ciencia y Tecnología socava áreas neurálgicas para el Estado de Bienestar y la planificación del desarrollo. Se trata de burocracias estatales que median en las relaciones entre el capital y el trabajo (Ministerio de Trabajo), o directamente (entre otras funciones esenciales, claro) compiten con sectores privados concentrados, como puede ser el área de medicamentos o vacunas (Ministerio de Salud) o de investigación y desarrollo (Ministerio de Ciencia y Tecnología). El resultado general es, entonces, un Estado “bobo”, con menores capacidades, incapaz de coordinar y

disciplinar sectores empresarios, prisionero del mercado para pensar cualquier esquema de desarrollo económico con inclusión.

De modo que no es improbable que la cumbre del G20 en el Sur, inicialmente pensada por el gobierno nacional para una ocasión mayestática del Presidente Mauricio Macri, rodeado por las autoridades principales del mundo, termine en un vacío de propuestas del grupo, una foto de familia y asociándose, a la vez, a fuertes movilizaciones críticas de la sociedad civil –tal como ya sucediera con las anteriores reuniones de la OCDE y del encuentro anterior del G20 en Hamburgo–. De este modo, este evento despierta dos interrogantes: si el presidente Macri podrá capitalizar políticamente el G20 con ‘el mundo’ que dice aprobarlo, y en una declaración sin demasiadas rispideces o, si por el contrario, será una ocasión para que las protestas populares pongan en evidencia las destructivas consecuencias del modelo neoliberal imperante aquí y en gran parte del mundo. Que otra agenda de los pueblos es posible y necesaria contra el neoliberalismo tardío, que impulse un desarrollo productivo y sustentable, una mayor preocupación por el medio ambiente, por bienes públicos globales, y que le recuerden al G20 sus objetivos iniciales incumplidos en estos casi 10 años: la reformas regulatorias al sistema financiero internacional, los paraísos fiscales, la reformulación de los organismos de crédito internacional, que no cambiaron en todos estos años y que vuelven a ajustar a los países en desarrollo de acuerdo a una invariable ortodoxia de deteriorar la calidad de vida de sus poblaciones y la autonomía de los Estados en aras del déficit cero, de los inversores internacionales y de las elites locales.

Por último, resta preguntarnos: ¿qué signo da esta reunión sobre a dónde va el mundo? Si va a predominar el Bilateralismo a lo Trump; o una suerte de Multilateralismo fragmentario donde se constituyen regiones con países

continente con peso productivo tecnológico, moneda propia y expansiones con distintas lógicas económica políticas y militares; o bien, si será un retorno al Multilateralismo que levanta la Unión Europea, dadas las crecientes interdependencias en múltiples temas que el mundo tiene, pero que debería ser renovado para contemplar los intereses de los países en desarrollo? Esta última hipótesis parece la menos probable, porque asistimos a un conflicto global, comercial y monetario, donde el escenario de multilateralismo fragmentado y el creciente avance tecnológico productivo-tecnológico de China es el más probable, así como su conflictividad creciente con los Estados Unidos. Si bien la Argentina se ubica dentro de la región de la potencia hemisférica en complicidad con sus elites locales, haciéndose más vulnerable y dependiente, queda claro que el actual gobierno no distingue cuáles son sus mejores socios y ni siquiera aprovecha a emular el proteccionismo de su aliado principal del Norte para su propia producción y desarrollo tecnológico. De este modo, nuestro país no se está preparando para el siglo XXI, tanto por la irresistible nostalgia e ideología de la elite dominante, como por su búsqueda de destruir el pacto social del Estado de Bienestar e involucionar a los inicios del siglo XX en lugar de prepararse para avanzar al siglo que viene.

Sin lugar a dudas, el *dossier* que presentamos en este número sobre el G20 en el nuevo contexto internacional no hubiese sido posible sin la coordinación de la Dra. Diana Tussie y la Dra. Melisa Deciancio. Agradecemos muy especialmente el trabajo que han realizado en convocar a los autores y a las autoras que generosamente han aceptado la invitación de ayudarnos a comprender mejor los distintos temas sobre el G20 que en dicho *dossier* se analizan exhaustivamente. Por lo tanto, tam-

bién agradecemos sinceramente a Jorge Argüello, Nicolás Comini, Tomás González Bergez, Pablo J. López, Leandro Morgenfeld, Cecilia Nahón y Heloísa Schneider, por brindarnos sus aportes sustantivos sobre una temática tan compleja como actual.

Daniel García Delgado

Buenos Aires, septiembre de 2018